

CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Lic. Francisco E. Beras y Dr. Vetilio Alfau Durán

Año XXVI

Ciudad Trujillo, República Dominicana.
Enero-Diciembre, 1958

Núm. 113

Fray Cipriano de Utrera

Por Emilio Rodríguez Demorizi ()*

Porque la historia del Nuevo Mundo empieza en la Española, los que la cultivaron como maestros en la ciencia de Herodoto han de gozar de posición privilegiada en la historiografía americana. Así, dejando atrás a Oviedo y a Las Casas, moradores de la tierra amada de Colón, y a Del Monte y Tejada, nativo de la Isla, se llega entre nosotros al historiador nacional, José Gabriel García, en el siglo XIX, y en la centuria presente a Fray Cipriano de Utrera, verdadero forjador de la moderna historia colonial de Santo Domingo.

Tal es la indiscutida posición del ilustre sacerdote en nuestras letras.

(*) Estas breves páginas figuran como Prefacio de la obra de Fray Cipriano, *Para la historia de América*, en prensa, publicación de la Academia Dominicana de la Historia.



A pesar de su condición de español, natural de Andalucía, la obra de Fray Cipriano de Utrera es esencialmente dominicana, porque él se formó, como historiador, bajo el cielo quisqueyano. A su llegada al país, en 1910, no había conocido el Archivo de Indias, no lejos de su amada villa de Utrera, ni había publicado obra alguna.

Al recordado Monseñor Adolfo A. Nouel se debe en cierto modo la iniciación de Fray Cipriano en los estudios históricos. Empeñado el ilustre Arzobispo en continuar, enriqueciéndola y rectificándola, la obra de su padre don Carlos Nouel, la *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, encomendó al Sr. Santiago Montero Díaz, de Sevilla, copiar en el Archivo de Indias los documentos útiles a su intento. De las manos de Monseñor, ya inhábiles para las letras, pasaron a las de Fray Cipriano las abundantes copias de documentos remitidas por Montero, y así nació la primera importante obra del novel historiador, las *Dilucidaciones históricas*.

En sus largos viajes por los Archivos de la América y en sus dos estadas en el Archivo de Indias, de Sevilla, Fray Cipriano atesoró luego el enorme caudal de documentos y de noticias que la muerte no le permitió utilizar sino en parte. Entre esa formidable cantera histórica, hoy en mi poder por su voluntad testamentaria—testimonio de la amistad que nos unía— figuran los estudios principales que forman esta obra:

—*Cronología geográfica y de reales órdenes desde el Descubrimiento de América hasta la cesión a Francia de la parte española de Santo Domingo, o bien hasta 1800*, laborioso trabajo, utilísimo, no sólo para la historiografía americana sino también para la española, ya que es un itinerario de los monarcas de España, del extenso lapso de 1492-1800.

—*Franciscanos de la Provincia de Santa Cruz*, copioso elenco que incluye a Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Jamaica, Margarita y Venezuela.

—*Mercedarios en Santo Domingo desde 1495 a 1813*, que no llegó a concluir.



A estos estudios, inéditos hasta ahora, se agregan el ensayo *Isabel la Católica, fundadora de Santo Domingo*, en que el ilustre investigador enlazó el nombre de la Reina egregia con los orígenes de la blasonada villa de los Colones; y su discurso *Dominicanos insignes en el exterior*, pleno de sugestivas noticias históricas de la familia hispanoamericana.

También dejó inéditos, el ilustre Maestro, dos importantes libros, ambos de carácter polémico, que me propongo publicar en breve: uno acerca del Cacique Enriquillo y el otro consagrado a la autenticidad de los restos del Descubridor, yacentes en la Catedral dominicana, quizás la obra en que puso mayores empeños y más hondo amor por la verdad.

Asombran los recursos dialécticos de Fray Cipriano polemista, tan sabio como implacable en la expresión y la censura, a veces de inusitada violencia y crudeza como en su obra *In Apostolatus culmine* y en su crítica a Manuel Giménez Fernández en defensa de la autenticidad del hallazgo de los restos de Colón (*)

Pero en él presidía el culto de la verdad, que él presentaba siempre, no en las amables formas de la cortesía, sino como en la punta de una lanza. De ahí habían de partir, necesariamente, las censuras que se le hacían a su demoledora acción contra las consejas y los yerros históricos.

(*) Es bien conocida la tesis de Fray Cipriano contraria a la primacía de nuestra Universidad, ya que él negaba la validez de la Bula de su creación en 1538, por carecer del pase regio. En una de nuestras habituales conversaciones, en mi biblioteca, a la que él acudía cotidianamente, le dije: ¿Pero no ha encontrado Ud. algún documento, posteriormente a la publicación de su libro acerca de nuestras Universidades, del que se pueda inducir la existencia de la Universidad de los dominicos en 1538? Su respuesta fué por demás lógica: "No, y cuando lo encuentre lo publicaré en el acto".

Algunos años después, estando en camino de Roma le hablé de mi propósito de investigar, en los archivos del Vaticano, lo relativo a la Bula de 1538. Aprobó Fray Cipriano y me indicó buscar el expediente de Secretaría correspondiente a la expedición de dicha Bula, pero, obligaciones diplomáticas me impidieron ultimar la investigación, realizada luego con mayor fortuna por el Dr. Beltrán de Heredia.

Una de las más serias polémicas de Fray Cipriano fué la que sostuvo con el Lic. Leonidas García, acerca de la Puerta del Conde. Ya habían pasado algunos años cuando fuí a mostrarle un documento, hallado por mí, que aclaraba la cuestión, en contra de su tesis. Al día siguiente aparecía en la prensa un artículo de Fray Cipriano dándole la razón al Lic. García.



La originalidad en sus juicios, su pasión por la verdad, la fuerza de catapulta de sus razonamientos, su inquisitivo espíritu de investigador y de trabajador formidable, asegurarán, a través de los años, la perdurabilidad de su obra.

Como hombre, pocos he conocido del temple de Fray Cipriano: honesto hasta los extremos de la santidad; recto e íntegro, hasta la aspereza; leal, afectuoso y consecuente en la amistad, hasta confundirla con los sentimientos paternos; discreto, como si siempre estuviese en el Confesionario; español, hasta la raíz, y a la vez dominicano incomparable. En dos simples expresiones compendia su carácter y su dominicanidad:

Yo soy manso, no como oveja, sino como abeja.

Yo deseo que la República Dominicana sea lo que el mejor de los dominicanos quiere que sea ().*

El común de las gentes, los que no le conocieron en la intimidad, veían en él más al historiador que al Sacerdote, pero ¡qué lejos de la verdad! El era sacerdote de religiosidad tan profunda que apenas le llegaba a la superficie.

En 1956, al ser designado Director de la Misión dominicana de Investigaciones históricas en los Archivos de España, le dijo al Generalísimo Trujillo:

Sólo le pido que si muero allá usted me entierre aquí.

Infortunadamente sus votos se cumplieron demasiado pronto. Murió allá el 23 de enero 1958 y el Generalísimo le dió sepultura aquí, en su amada Iglesia de las Mercedes, junto a la tumba de la excelsa poetisa Salomé Ureña.

La poesía y la historia presiden allí, como en un breve reino de nuestro espíritu.

(*) Vease Vetilio Alfau Durán, *Fray Cipriano de Utrera* (Notas biobibliográficas) en la presente edición de *Clío*.

